

Senda del Celorio y Hayedo La Boyariza

Ruta sencilla entre Geras y Paradilla de Gordón



Un paseo sencillo, pero de gran belleza y que aúna naturaleza, escultura y literatura en la comarca de Gordón. Uniremos en esta ocasión dos sencillas rutas de poco más de 5 km cada una y baja dificultad, que son: la **Senda del Celorio**, y **El Hayedo la Boyariza**,

Para unir las mismas, comenzaremos haciendo la **Senda del Celorio** en sentido contrario al habitual y evitaremos el recorrido paralelo al río Casares.

Para comenzar la ruta el autocar continua de **Caborneda** por la misma carretera comarcal LE-473 que une La Pola de Gordón con Geras, pasado el km 6, a la altura del cruce de **Paradilla**, será el lugar donde nos deje.

El comienzo de la ruta está un poco antes de llegar a este cruce, con lo que deberemos retroceder por la misma carretera unos pocos metros, comenzaremos ascendiendo a la derecha, coincidiendo en ocasiones con la carretera de servicio a **Paradilla**.

El paseo, de menos de 4,5 kilómetros, se inspira en un relato del escritor leonés *José María Menéndez López*: Celorio el de Geras. Tú sabes

Celorio el de Geras. Tú sabes

Celorio viene al mundo fuera de tiempo, a sangre, de nalgas: su madre lo nace en las tierras, en Geras, y su padre, comadrón por necesidad, deja en claro la azada para arrancárselo del vientre a fuerza de manos, que las tiene como garras. De aquello le queda a Celorio un hablar timbrado, la frente desacostumbradamente ancha, unos ojos afilados y como llenos de agua, y cierta apariencia de ave zancuda; le queda también el cuello rígido y un no poder acostarse para dormir, ni para nada, cosa que hace de pie, estribado en una estaca, en una sebe, o contra un árbol, o en cualquier sitio si tiene gana.

Cuando pequeño, la primera vez que lo llevan a la escuela, se pierde durante el recreo, la segunda se escapa y la tercera no va. En realidad, no huye: le tiene gusto a subir como otros escogen arrastrarse: trepa al crestón de granito de Paradilla que domina el valle y gasta allí las horas mirando el cielo de frente, que hacia arriba no es capaz, o espigando guijarros de colores en los quiebro de las torrenteras, jaulas de luz que luego intercambia por un rato de amistad entre los otros críos del pueblo. El maestro entiende cabal dejarlo en paz, porque Celorio sin duda está loco y el maestro no está para locos.

Un día Celorio hace aparte y cuenta una treintena de guijarros, los mejores de su colección: casi un millar. Busca al Paco, de quien no recuerda un solo agravio, y le entrega el regalo. El Paco, un rapaz de naturaleza reposada, desorbita los ojos al recibir el tesoro, hipa de gozo y dice «Gracias», no dice nada más porque no lo espera y porque, a su idea, no tiene cosa alguna con que agradecer. Celorio, que no entiende de deudas, le taja una de sus miradas y resuelve con voz campanuda: «Luego de muerto, que me entierren arriba, tú sabes, entre los peñascos, cara al cielo, que ahora nunca puedo verlo».

Veinte años después, mediada la guerra, al Paco lo reclutan de oficio porque tiene hechuras y conoce el monte. Le dan un fusil y una gorra y lo mandan a vigilar desde lo alto las maniobras del enemigo. El Paco obedece y vigila y no ve nada durante meses, hasta que una tarde, él y otros tres son convocados a las afueras del pueblo por el capitán, un tipo ventrudo con trazas de asesino, para cuadrar un pelotón de fusilamiento: van a ejecutar al Celorio, a quien han encontrado la noche anterior dormido en la tienda de mando, y como que dormía de pie y tampoco se avino a explicarse, lo juzgan de espía.

El negocio queda emplazado para el atardecer. Llega la hora, solos capitán, pelotón y reo; se lee la sentencia y se organiza el tinglado; a la voz de fuego, al Paco lo ciega el recuerdo de los guijarros, se llena de coraje, maldice el reglamento y apunta alto; los otros, que también conocen al Celorio, deciden, cada uno a su manera, matarlo sólo un poco, y el infeliz cae al suelo con dos balazos en un hombro y otro en el vientre, pero cae tan falto de ministerio, que se tronza el cuello contra un pedrusco y va contrayéndose hasta quedar así, acurrucado, paralizado pero vivo, gimiendo de estupor como un niño.

Así comienza el texto, que se va desgranando en las distintas paradas de la ruta y que tiene su punto final en **Paradilla**.

Recordar que estamos realizando la ruta en el sentido contrario al habitual.



Ascendemos por él y nos encontraremos llegando a Paradilla a un trasgo descansando entre las rocas, una escultura elaborada por *Amancio González* y a la que acompaña un texto de *Manu Ferrero*.

Un cruce que tomaremos a la derecha para cruzar el pueblo y visitar la ermita de **Paradilla de Gordon**, junto a la cual, hay un merendero con tres mesas y bancos, arropados por los paisajes montañosos del Pico Bustillo o la Peña del Altico, aquí también se localiza la octava cita que da fin al texto de Celorio el de Geras. Es recomendable hacer una corta parada para recobrar el aliento, todos juntos, visitaremos “el columpio gigante de Paradilla”, que se encuentra a unos 10 minutos, luego, daremos vuelta recorreremos nuevamente este pequeño pueblo y en el cruce de subida, a la altura de la séptima cita del texto, continuaremos el descenso, pasando por otras dos citas más y un poco, después se llega al lugar en el que está ubicada la escultura del leonés *Amancio González*, una enorme mano esculpida en mármol negro de unas 1,5 toneladas de peso y que emerge de la tierra con el objetivo de alcanzar las estrellas. Un símbolo perfecto para el relato de José María *Menéndez López*.

La ruta continúa por los caminos que discurren por encima de la carretera que desciende hasta Geras. Dejamos Paradilla a nuestra espalda y bajamos por sendero que nos ameniza con cuatro citas más del texto.

Hasta alcanzar la carretera, donde hay un panel indicativo de la ruta.

Cruzamos la carretera comarcal LE-473 dando por finalizada la ruta: **Senda de Celorio**, cruzamos la carretera hacia la izquierda en busca de un puente que salva el Río Casares para iniciar la ruta: **El Hayedo La Boyariza**.



A p hasta los **Foz de** rápidamente el arroyo de Meleros aún llevaba agua, no así el de la Boyariza. 1100 metrosremos en la s pero que sequía, el

En el kilómetro 2,3 nos internaremos de lleno en el hayedo o faedo de **La Boyariza**. Se trata de un hayedo de gran valor ecológico y paisajístico, muy recomendable en épocas de otoño y finales de primavera. Además, su ubicación, envuelto por farallones calizos hacen de este lugar un paraje mágico.

Deberemos seguir la senda pisada y no desviarnos de la misma, ya que sus consecuencias, como la erosión del bosque, puede ser fatal.

En el kilómetro 4 llegaremos al collado **Collariondo**, que separa las comarcas de Gordón y Luna. Este lugar es adecuado para reagruparnos ya que no tendremos que ascender más en lo que queda de ruta.





Bajando del collado entraremos en un nuevo valle, el de **Palanco**. Exactamente en el kilómetro 4,6 abandonaremos la pista principal que sigue ganado altura para girar a la derecha por la **Foz de Palanco**, bañada por un arroyo que lleva su nombre.

En este tramo tendremos un buen camino de piedras, utilizado antiguamente por los habitantes de la zona para llevar el ganado hacia estos altos valles.

Las **Foces de Palanco**, como las de **Vegacervera** o **Valdeteja**, están formadas desde hace miles de años por rocas calizas; una roca que le otorga ese color blanquecino y que por las diferentes acciones erosivas toman formas bastante peculiares y escarpadas.

Los últimos kilómetros tras salir de la foz serán por pastos para vacas, caballos y ovejas, saldremos a la carretera, que recorreremos a la izquierda, para en menos de un kilómetro llegar a **Geras**, nuestro destino, donde nos juntaremos con el resto del Grupo.

Esta localidad es muy apreciada por su embutido, habiendo un par de restaurantes que venden el producto al público.

El **hayedo de La Boyariza** conjuga todo lo que el senderista desea ver en su escapada. Los centenarios troncos de las hayas, sus ramas, sus hojas de variopintos colores definen, especialmente en el otoño, un paraje mayúsculo.

Además, en función de la estación en la que lo visitemos la presencia del agua puede hacer más bucólico este paisaje.